

la nuestra, la suplicámos que nos contase su historia, lo que prometió hacer. Durante este intervalo supimos que el hermano Lucas no estaba ya en su ermita, porque la justicia, noticiosa de la falta de algunas mujeres que desaparecian de entre sus familias, procuró indigar la causa; y al fin, por sospechas, trató de hacer un registro en la ermita. Cabalmente le hizo en la tarde del mismo dia en que nosotros sacámos á la inglesa del subterráneo, con cuyo motivo lo halló todo manifesto, y dió con el ermitaño y las mujeres en la cárcel, donde la tía de nuestra inglesa murió de susto. Las demas fueron castigadas como convenia; pero el ermitaño seguia preso, porque era preciso hacer muchas averiguaciones importantes, y aun se decia que saldria para la horca.

La sobrina lloró la muerte de su tía, á pesar de sus violencias. Despues nos contó su historia, que escribí yo en algunos ratos de ocio. Aquí tengo el manuscrito; pero ya es tarde. Mañana la leeremos, y en ella encontraréis excelentes lecciones de amor filial y de sumision.



EL RENCOR



## TARDE XXXVIII

---

### EL RENCOR

Tigre atroz que despedaza  
Presa tras presa insaciable;  
Hiena feroz indomable  
Que mansas reses destaza;  
Pantera en hórrida caza  
Es el hombre rencoroso,  
Que cual reptil ponzoñoso  
Su infeliz víctima sigue;  
Mas pocas veces consigue  
Su inicuo fin alevoso.

Los admirables sucesos de la ermita de San Leonardo tenían tan ocupados los ánimos de los jóvenes, que apenas se acordaban de la ausencia de Benito; como aquellos acontecimientos, aunque extraordinarios no rayaban en inverosímiles, al paso que alimentaban su imaginación, convencían sus tiernos corazones dando lugar al raciocinio. Palemon, para que el ejemplo de un fanático como el hermano Lucas, no pudiese tal vez disminuir el profundo respeto con que deseaba que sus hijos mirasen las cosas de la religión, les hacía las más sanas reflexiones acompañadas de ejemplos de los libros sagrados y de máximas tomadas del Evangelio.

Al día siguiente reunidos en derredor de Mr. Delacour, sacó este el manuscrito de que había hablado y en él leyó lo siguiente:



Historia de la inglesa Belly.

Vivia en Lóndres un rico comerciante llamado sir Clarins, de edad de treinta años: tenia en su compañía una hermana á quien amaba en extremo, aunque era altiva, caprichosa, y de perverso corazon. Llamábase ésta madama Herbert, frisaba ya en los cuarenta años, habia enviudado muy jóven y asociado sus bienes al comercio de su hermano bajo la promesa que ambos se habian hecho de continuar aquel soltero y esta viuda. Él amaba mucho á su hermana á pesar de que no podia sufrirla; porque era de carácter dominante y una de aquellas personas cuyo prurito es atormentar á los que tienen á su lado.

Sir Clarins, cansado del comercio, y temiendo, por algunas pérdidas que habia experimentado, la total ruina de sus caudales, resolvió retirarse y vivir en el campo. Habló de esto á su hermana, la cual, por la vez primera fué de su mismo parecer. Vendieron pues la hermosa casa que tenian en Chering-Cross, y compraron una bellísima posesion en Surrey, pequeña aldea situada á poca distancia de Lóndres. Madama Herbert, que gustaba del fausto y ostentacion, hermosteó su nueva habitacion con los muebles mas exquisitos, y los dos se establecieron allí con una familia bastante numerosa. Hallóse muy bien Clarins en este retiro durante algun tiempo, pero habituado hasta entónces á una vida activa, al fin se fastidió, y procuró distraerse en los inocentes placeres de la caza. Tanto le dominó esta aficion, que muchas veces pasaba entregado á ella dias enteros sin volver á su casa hasta la noche. Quejóse amargamente su hermana del abandono en que la dejaba; sir Clarins le respondió con aspereza, y de aquí tuvo principio su desunion, porque Clarins, que entre los cuidados de su giro habia tenido ménos lugar para resentirse del predominio de su hermana, conoció al cabo el peso del despotismo que le agobiaba. Prorumpió, pues, en quejas, hubo enojos y contradicciones, y siempre estaban en guerra. Sir Clarins prolongaba lo posible sus frecuentes ausencias; y madama Herbert, por su parte, procuró distraerse en las cercanías.

Á muy poca distancia de su casa habia un soberbio castillo, perteneciente á una riquísima señora que todos los años solia pasar allí la primavera. Madama Herbert se habia relacionado con esta mujer, llamada milady Bronton, porque sobre poco mas ó ménos eran ambas de un mismo carácter. Una tarde que madama

Herbert se hallaba en casa de esta milady, entraron á visitarla miss Belly y sir Enrique Ofman. Todos los concurrentes fijaron la vista en estas dos personas; y si los hombres admiraron la hermosura de la jóven Belly, las mujeres quedaron encantadas de la gallardía del jóven Enrique. Milady Bronton, que los conocia, les hizo sentar; y tratando de retratos, habló de lo bien hecho del suyo, que era efecto de la destreza de Belly, prometiéndola que la proporcionaria ocupacion entre las gentes que ella conocia. La visita de estos jóvenes fué corta, y luego que se retiraron, todos los concurrentes pidieron noticias de ellos á milady, la cual, afectando frialdad, dijo: Estos son unos jóvenes honrados, pero de muy pocas conveniencias; por cuya razon se ven precisados á valerse de las habilidades que les proporcionó la esmerada educacion que tuvieron, pues de otro modo perecerian de necesidad. Regularmente viven en la capital; pero á una milla de esta aldea han alquilado una habitacion, adonde vienen de vez en cuando para descansar de su continuo trabajo y disfrutar de las delicias del campo.

Madama Herbert, á quien el jóven habia interesado mucho, continuó sus preguntas á milady, diciéndole: ¡ Los dos me parecen bellísimas criaturas!... ¿son hermanos? — No; son primos. — ¡Primos! ¿de véras? — No hay duda; he conocido á sus padres. — ¿Su edad? — Belly tiene veinte años, y su primo dos mas, segun creo. — ¿Los dos saben pintar? — Belly es la que pinta; su primo es poeta dramático, y hace poco ha dado al teatro la comedia titulada: *El camino de la ruina*, que ha sido tan aplaudida. — La he visto, y en efecto es muy graciosa; y ¿viven solos, sin padre, madre ó parientes? — Son huérfanos y sus costumbres tan puras que logran la comun estimacion: yo les profeso el mas cordial afecto. — Pues bien, introducidme con ellos, porque quisiera tener mi retrato y el de mi hermano; yo les proporcionaré hacer otros muchos, porque tengo infinitos conocidos. — Lo haré con mucho gusto; pero no me lisonjeo de que vayan á vuestra casa, porque en medio de su infeliz situacion, tienen cierta elevacion de espíritu... mejor es que vos los visitéis, pues no viven muy léjos, y yo os daré las señas.

Aunque distase su casa cien leguas, madama Herbert no habria dejado de presentarse en ella, porque Enrique habia hecho en su pecho una impresion demasiado profunda... ¡ funesta impresion que ha originado la desgracia de tantos inocentes!

Dejó pues al instante la Herbert su visita, volvió á su casa, se



sentó en un canapé, y se puso á reflexionar, lo cual era para ella una maravilla ; pero ya se sabe que las reflexiones del amor son tan tumultuosas y oscuras, que pueden llamarse delirios del corazon mas que efectos del discernimiento. Por la noche riñó mucho mas de lo que acostumbraba con su hermano ; y notando sus facciones fuertes y denegridas con el sol, comparó con él á Enrique. Fácil es de conocer que la balanza se inclinaria á favor de este, cuya imágen estaba grabada en su corazon con rasgos de fuego. Pasó la noche muy agitada ; y por la mañana mandó poner su coche y marchó á Briste, pequeño cortijo situado cerca de la casa que habitaban los jóvenes, que iban á perder su felicidad con tan fatal visita. Trasladóse pues á su habitacion, entró, y solo halló á Belly, á quien dijo : Ayer os vi en casa de mi amiga milady Bronton, y segun lo que esta me ha dicho, sabéis hacer retratos. — Sí, señora... — Pues bien : os suplico que hagáis el mio, para regalárselo á mi hermano ; se conoce que milady os quiere mucho. — Efecto de su bondad. — Ha hecho mil elogios de vos y de vuestro primo ; ¿ no está en casa ? — Sí, señora, pero está trabajando en su gabinete. — Servios darle aviso de que estoy aquí.

Pronunció la Herbert estas palabras sin reflexion, y como si estuviese persuadida de que habiendo ella hecho una grande impresion en el jóven, debia este quedar enajenado sabiendo que habia venido á verle el objeto de sus ansias ; pero Belly se atrevió á decirle : ¿ Tiene mi primo el honor de conoceros ?

Quedó la Herbert confusa un breve rato con esta pregunta ; pero al fin respondió : No por cierto ; mas vi su comedia en Convent-Garden, y me causó infinito placer : ¡ tenéis seguramente ambos extraordinario talento !

Belly, sin contestarle, le hizo una profunda cortesía ; y la Herbert, deseosa de prolongar la visita esperando ver lo que solicitaba, suplicó á su amable huésped que al instante diese principio á su retrato, añadiendo : No urge el concluirlo ; y vendré cuantas veces sea necesario para el efecto, pues quiero sorprender á mi hermano, y es forzoso que no os vea en mi casa ántes de dar fin á la obra.

Belly dispuso su caballete, y empezó á trabajar ; pero el modelo se ocupaba mas en volver la cabeza hácia las puertas, que en conservar la actitud conveniente. En fin, la jóven artista le dijo que por aquella vez se habia hecho lo bastante, y la Herbert se vió precisada á retirarse sin haber visto al objeto de su amor. Volvió el dia siguiente, y sucedió lo mismo, porque Enrique es-

taba siempre ocupado en su gabinete. Desesperada con tanto contratiempo, suplicó á Belly que á la mañana siguiente tuviese la condescendencia de darle de desayunar, pues así, dijo, vendré mas temprano. No era este el motivo que la conducia, sino la esperanza de ver reunidos á los primos. Cumplióse al fin su deseo, porque á la mañana siguiente halló á Belly y Enrique sentados á una mesa cubierta de té, manteca, tostadas y frutas. Tuvo entonces el tiempo suficiente para examinar á Enrique, que le pareció tan amable y entendido como bien formado. Perdió casi enteramente el juicio, y no trataba ya de la continuacion del retrato. Belly no sabía á qué atribuir su distraccion ; pero despues del desayuno Enrique volvió á su gabinete, y el modelo se hizo mas dócil.

Diez visitas proporcionó á la Herbert el pretexto del retrato, durante las cuales tuvo el placer de ver repetidas veces al amable poeta, causa de su delirio. Luego que estuvo concluido el retrato, rogó á los dos jóvenes que fuesen á cenar á su casa, tanto para abonarles el importe de la obra, cuanto para que disfrutasen de la agradable sorpresa que causaria á su hermano el primor de la pintura. Excusáronse ellos con la distancia de la casa de sir Clarins ; pero la Herbert les dijo que pasarían allí la noche, y al otro dia los volveria en su coche, con lo cual los dos primos accedieron á su deseo.

Determinado el dia, la Herbert procuró acariciar á su hermano, para que no advirtiese Enrique la desavenencia que reinaba entre ellos. Clarins extrañó mucho la amabilidad de su hermana, que no sabía á qué atribuir ; pero no pudo ménos de corresponder á sus afectuosas expresiones. Al fin, un dia le dijo que volviese temprano á cenar, pues le aseguraba que no le pesaria de complacerla. Convino, y volvió de su cacería ántes de anochecer. ¡ Cuál fué su sorpresa al ver junto á su hermana un gallardo mancebo, y sobre todo, una jóven tan hermosa que le dejó embelesado ! Examinaba Clarins este prodigio de la naturaleza, analizaba sus facciones y sus gracias, y creia ver el modelo de las deidades que los mas célebres pintores han presentado á nuestros ojos. Sintió respecto de Belly los mismos efectos que su hermana respecto de Enrique ; y por un efecto de extraordinaria simpatía, atendida la diferencia de edad, la hermosa Belly se encontraba en disposicion de corresponder tiernamente á los sentimientos de Clarins. No sucedia lo mismo con Enrique, á quien la Herbert debia parecer muy fea, porque lo era, ademas de vieja, y cuyo



mal carácter se descubria á primera vista. Sin duda, á saber las pretensiones de esta loca, hubiera huido de ella como de un monstruo.

La cena fué muy agradable, y á los postres le presentaron á Clarins el retrato de su hermana hecho por Belly, con lo cual quedó totalmente enamorado. Era la obra tan perfecta, que Clarins no se cansaba de mirarla. Agradeció friamente á su hermana tan inesperada sorpresa; pero luego se extendió en apasionados elogios de Belly, que los recibió con aquella modestia que es inseparable compañera del virginal pudor y del verdadero talento.

Después para acompañar á los jóvenes á los cuartos que se les habia preparado, Clarins dió la mano á Belly; y Enrique, por pura cortesía, dió la suya á la Herbert. Mientras nuestros jóvenes disfrutaban el sueño dulcísimo de la inocencia, los dos hermanos velaban agitados por una misma causa. Clarins renovaba en su idea las gracias y atractivos de la amable Belly; y su hermana se resolvía á declarar al otro día su amor al joven poeta, lisonjeándose esta necia de que todavía podia inspirar deseos capaces de fomentar una intriga amorosa.

En consecuencia de esta resolución, á la mañana siguiente hizo llamar al joven. Ya se habia ella vestido del modo mas seductor en su concepto, y declaró á Enrique su pasión; pero á pesar de sus artificiosas lágrimas, abrasados suspiros; y en fin, á pesar de todos los resortes de la mas refinada coquetería, con gran sorpresa suya se halló desairada. Enrique se horrorizó de oirla, le habló con altivez y aun con desprecio; pero ella no cedió, y llegó hasta ofrecerle su mano; él la desechó diciéndole que la soledad y las musas eran sus únicos amores. Lloraba la Herbert, rogaba, suplicaba; y Enrique avergonzado de ver la ignominiosa degradación de esta mujer, juró que nunca volveria á verla. Enfurecióse la Herbert, y le previno que si se trasluciese algo de aquella escena, sabria vengarse de un hombre tan grosero. Enrique se retiró turbado, fué en busca de su prima, á la cual halló en compañía de Clarins, y la volvió á su habitación de Briste, sin participarla nada de cuanto le habia acaecido, por no disgustarla haciéndolo ver el horrible cuadro del vicio. Los dos se entregaron de nuevo á sus solitarias y apacibles ocupaciones.

Entre tanto, la desesperación y el deseo de venganza se apoderaron del corazón de la Herbert. Ya Enrique no era á sus ojos un joven virtuoso y encantador, sino un monstruo. Resolvió perderle, y no pensaba mas que en los medios de realizarlo. En tan-

to que su cabeza trabajaba para la destrucción de una familia que para ella era ya detestable, su hermano solo pensaba en hacer feliz á la que adoraba. Clarins, tan apasionado como su hermana, pero mas virtuoso y delicado, tenia en sus amores un objeto decente, pues pensaba seriamente en casarse, y no en ser un seductor. Estaba cansado de la desagradable compañía de su hermana, y queria romperla. Era rico, podia hacer venturosa á la que amaba, y se decidió á verificarlo. En consecuencia de ello, sin saberlo su hermana, fué á casa de la hermosa Belly, á la que encontró en compañía de su primo componiendo música. Su presencia alteró un poco á Enrique, y extraordinariamente á Belly. Clarins fundó el motivo de su visita en las leyes de urbanidad; y después procuró ganar la confianza de los dos primos, los cuales, entregándose desde luego á la estimación que les inspiraba, sin prever las consecuencias, le hicieron una sencilla confesión de su estado, de su fortuna, y de su ninguna ambición. Quedó Clarins encantado de su franqueza é ingenuidad; y después de haber hecho una relación individual de sus haberes, de sus inclinaciones y costumbres, se declaró pidiendo la mano de Belly. Avergonzóse esta; y su primo, atónito, no sabia qué responder. Enrique queria á su prima mas que á sí mismo, y no hubiera dudado en admitir partido tan ventajoso, á no temer las persecuciones y carácter violento de madama Herbert. Por esta razón se atrevió á decir á Clarins: Después de agradecer en nombre de mi prima la preferencia con que os dignáis honrarla, debo exponeros mis recelos de que vuestra hermana no se acomode á vivir con una niña como es mi prima; y esto solo... — Esto solo, respondió vivamente Clarins, queda destruido en dos palabras, reducidas á que casándome con Belly, me separo absolutamente de mi hermana, cuyo carácter altivo se me ha hecho insufrible desde que dejé el comercio. Confíad, Enrique, en mi experiencia: conozco perfectamente que vuestra prima ni puede, ni debe vivir al lado de mi hermana.

Enrique pidió ocho días de término para que su prima reflexionase, y responder á tan lisonjera propuesta; y aunque ocho días eran ocho siglos para un hombre tan enamorado, Clarins no pudo ménos de concedérselos, prometiendo volver el último de ellos á saber su felicidad, ó la sentencia de su muerte.

Pero Enrique no necesitó los ocho días para conocer las disposiciones de su prima, pues solo un momento fué suficiente para descubrir el estado de su corazón, resuelto á consentir en todo.